

AGENDA CIUDADANA

SOLDADOS: DE AQUÍ PARA ALLÁ Y DE ALLÁ PARA ACA

Lorenzo Meyer

Un Fenómeno con Trasfondo Histórico.- Ahora que se debate la posibilidad de una participación mexicana en los contingentes de paz de las Naciones Unidas, conviene desempolvar algunos datos históricos que pueden ayudar a conformar el marco de discusión del tema. México ya ha enviado soldados al exterior –tanto de manera abierta como encubierta, en grupo e individualmente—pero, sobre todo, ha sido objeto lo mismo de la acción de ejércitos enteros que de pequeños grupos o individuos aislados que llegaron para participar o aprovecharse de nuestros conflictos internos. En términos generales, las acciones de los combatientes mexicanos en el exterior han sido marginales a los conflictos en que participaron pero tuvieron un alto contenido ideológico e incluso altruista. En contraste, la presencia de tropas extranjeras en México fue con frecuencia central en nuestro proceso político, sus consecuencias resultaron negativas aunque no siempre, y las razones dominantes fueron imperialistas aunque no en todos los casos.

Los que Vinieron Mandados.- La presencia más importante de contingentes armados extranjeros en México fue resultado de acciones imperiales o imperialistas de sus gobiernos. Cuando para hacer frente a la amenaza inglesa se empezó a dar forma al ejército de la Nueva España en el siglo XVIII, llegaron algunos soldados profesionales que no eran españoles y algunos de ellos terminaron combatiendo a los insurgentes. La terrible cadena de acciones de las potencias directamente contra México se inició con el mantenimiento de un contingente español en San Juan de Ulúa en 1821 y siguió con la fracasada expedición española de 1829 que pretendió la reconquista. En 1838 tuvo

lugar la acción francesa contra Veracruz para cobrar agravios y deudas y unos años después ocurrió la traumática invasión norteamericana (1846-1848) que arrancó al país la mitad de un territorio que aún no terminaba de ocupar. Trece años más tarde llegó una fuerza expedicionaria tripartita (españoles, ingleses franceses) para, de nuevo, cobrar agravios en Veracruz; fue el inicio de la invasión francesa para hacer de México un estado-cliente y concluyó cinco años después sin que hubiera logrado su objetivo.

Con la consolidación del régimen liberal, la vulnerabilidad mexicana frente al exterior disminuyó, aunque las tropas norteamericanas incursionaron una y otra vez en la frontera norte persiguiendo indios de guerra y ladrones de ganado. Sin embargo, la vulnerabilidad retornó con el inicio de la Revolución Mexicana en 1910. México vivió años con la presencia de buques de guerra norteamericanos y europeos en sus puertos principales, hubo un breve desembarco de “Royal marines” ingleses en Baja California, la nueva toma de Veracruz por Estados Unidos para forzar a Victoriano Huerta a dejar el poder y luego la expedición comandada por el general John J. Pershing en Chihuahua para castigar a Villa por haber atacado una pequeña población de Nuevo México. La posibilidad de otro incidente armado serio con Estados Unidos se mantuvo abierta hasta 1927, pero tras el acuerdo Morrow-Calles sólo se han internado brevemente en la zona fronteriza soldados norteamericanos o guatemaltecos, aunque en números tan pequeños que resultaron poco significativos.

Los que Vinieron por sus Pistolas.- Los combatientes extranjeros también han llegado a México por cuenta propia y no de sus gobiernos. Francisco Xavier Mina, un español dispuesto a luchar contra el despotismo de su rey, desembarco en 1817 con trescientos hombres para apoyar al movimiento insurgente en declive; fracasó, pero su nombre figura junto al de los héroes independentistas mexicanos. Tras la

independencia, algunos soldados extranjeros, como el napolitano Vicente Filisola, se incorporaron al nuevo ejército nacional. La lucha de 1835-1836 por Texas se libró contra irregulares norteamericanos, y entre los más famosos de los que cayeron en El Alamo estaba David Crockett, héroe en Texas y lo opuesto en México.

Durante la guerra del 47 con Estados Unidos y por una vía inesperada —su desertión del ejército invasor— se incorporaron a las filas mexicanas 260 irlandeses —el Batallón de San Patricio, primera legión extranjera mexicana— con John O'Reilly como su capitán; ellos pagaron con la vida su decisión y nosotros haríamos bien en recordarlos más hoy. Durante la guerra que acompañó al breve II Imperio, un grupo de norteamericanos —incluidos afroamericanos— se unieron a los republicanos, aunque los imperiales también tuvieron entre sus filas a otros voluntarios norteamericanos. Por esas épocas también desembarcaron en México filibusteros, como el norteamericano William Walker —que entre 1853 y 1854 se quiso hacer dueño de Baja California y Sonora—, quien tras fracasar en México pretendió hacerse con la presidencia de Nicaragua y terminó fusilado en Honduras.

Con la estabilidad porfirista casi se cerró la puerta a los soldados extranjeros, aunque por una rendija logró colarse un personaje como el polaco Emilio Kosterlitzky, desertor de la armada rusa en Venezuela que llegó a ser un notable coronel de caballería y un duro enemigo de los huelguistas de Cananea y de los revolucionarios maderistas y constitucionalista en Sonora. Sin embargo, la “época de oro” de los voluntarios extranjeros en México fueron los años 1911-1915. Se trató de una mezcla de mercenarios, soldados de fortuna y simpatizantes de varias causas revolucionarias. El mejor estudio sobre estos personajes es de Lawrence Taylor, La gran aventura en

México, (2 Vols., Conaculta, 1993), pero hay datos en el Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana, (INEHRM, 1994).

Los extranjeros que por voluntad llegaron a combatir al México revolucionario pueden dividirse en dos grandes grupos: a) los que hablaban español como lengua materna, que se disolvieron en el gran conjunto (cubanos, centroamericanos y españoles) y b) los que su lengua materna no era el español y resultaron fácilmente identificables (norteamericanos, europeos y canadienses). De los primeros no hay aún un buen estudio y en cualquier caso el conjunto fue de varios miles. El grueso de estos voluntarios se alistó en las filas de los maderistas y luego de los constitucionalistas y de Villa, aunque Victoriano Huerta llegó a tener, poco antes del final de aventura golpistas, a varios cientos de combatientes extranjeros.

A los voluntarios del exterior se les buscó y aceptó siempre con reservas, pero se les necesitó por su conocimiento y experiencia profesional: artilleros, ametralladoristas y aviadores. Algunos de ellos eran soldados profesionales con experiencia en sitios tan lejanos como Sudáfrica o las Filipinas. El más famoso de esos voluntarios fue Guiseppe Garibaldi, hijo del héroe de la unificación italiana, personaje muy cercano a Madero y jefe de la llamada legión extranjera que combatió al inicio de la revolución. El mejor relato autobiográfico sobre sus aventuras mexicanas –Gringo Rebel (1960)-- es el anglonoruego Ivar Thord-Gray, soldado profesional, aventurero por vocación y antropólogo amateur.

Del lado del radicalismo revolucionario, estuvieron algunos de los voluntarios más ideológicos y que apoyaron la rebelión magonista en Baja California, aunque junto a socialistas y anarquistas también estuvieron simples aventureros. En el magonismo dominó el carácter extranjero de los combatientes, fue causa de fuertes tensiones y

parte de la explicación de su fracaso. El descenso de la intensidad de la guerra civil mexicana, aunado al estallido de la Gran Guerra y al ascenso de los sentimientos antiextranjeros entre los revolucionarios, llevó a que a partir de 1915 disminuyera hasta extinguirse la presencia de los voluntarios extranjeros en México.

Los Pocos que Salieron de Aquí.- Una vez obtenida la independencia de México en 1821, el problema militar urgente a resolver era el de la amenaza española de reconquista. Y fue por esa razón que los gobiernos de México y Colombia llegaron a considerar entonces la posibilidad de organizar una fuerza expedicionaria conjunta para invadir Cuba y acabar con la base de operaciones desde donde España podría intentar volver a imponer su soberanía. Sin embargo, la falta de recursos y los agudos problemas internos hicieron que nunca se concretara ese primer proyecto de organizar una fuerza expedicionaria mexicana a poner fin a lo que quedaba del imperio español en América. En realidad, las primeras acciones de tropas mexicanas fuera del territorio que les era natural resultaron ser las comandadas por el general Filisola –el napolitano-- contra los salvadoreños que en 1822 se resistían a la pretensión guatemalteca ser parte del flamante Imperio Mexicano. Sin embargo, cuando Centroamérica decidió libremente no ser más parte de México, Filisola y sus hombres simplemente se retiraron y no volvieron más.

En teoría, y de haberse aprobado el tratado entre México y Estados Unidos de 1859 --el tristemente célebre Mac Lane-Ocampo--, ¡el gobierno mexicano hubiera quedado obligado a auxiliar al norteamericanos, incluso con medios militares, si la ocasión lo hubiera requerido! Evidentemente, lo probable hubiera sido la situación inversa. En cualquier caso y afortunadamente, el tratado no se aprobó y no sería sino hasta el tercer decenio del siglo XX, cuando otros soldados mexicanos –un puñado,

apenas— fueron enviados por el presidente Calles, esta vez en relativo secreto, a Centroamérica. Se trató de un auxilio del nacionalismo revolucionario mexicano a los liberales nicaragüenses en lucha no sólo contra sus enemigos conservadores, sino contra la intervención norteamericana. Fueron dos pequeñas fuerzas expedicionarias – una en el Pacífico y otra en el Atlántico— que contaron apenas con cuatro buques y desembarcaron en Nicaragua al mando de los generales Irías y Escamilla Garza, para entregar armas y municiones a los liberales y para prestarles asistencia directa en el combate a sus enemigos. Fue un esfuerzo de un régimen que en ese momento estaba bajo una fuerte presión del gobierno de Washington y que vio en la lucha antiimperialista en Nicaragua una forma de disminuir esa presión (Jean Meyer, Historia de la Revolución Mexicana, T. 11, El Colegio de México, 1977, p.23). Las autoridades mexicanas no volvería a tomar una acción similar sino hasta 1945, cuando, como parte del esfuerzo mexicano antifascista en la II Guerra Mundial, se envió al Pacífico y con todas las formalidades del caso, al escuadrón de caza 201 (el 202 estaba a punto de entrar en acción cuando concluyó la guerra) de la Fuerza Aérea Expedicionaria de México. Un número mayor de mexicanos, y con el consentimiento de su gobierno, participaron en esa guerra dentro de las filas del ejército norteamericano.

Antes de estallar la II Guerra, un grupo de mexicanos ya se había enfrentado al fascismo de manera individual y como voluntarios de la República Española. Aunque menos conocidos, otro grupo de derecha, tampoco muy numeroso, se unió a las tropas franquistas. Durante los años de la Guerra Fría, , varios mexicanos participarían en los movimientos revolucionarios latinoamericanos.

En Suma.- a) hay una correlación directa entre estabilidad política y ausencia de tropas extranjeras de cualquier índole en el país, b) imperialismo y antiimperialismo son

las dos grandes, que no únicas, razones que explican a los combatientes extranjeros en México y mexicanos en el exterior, b) no todas las acciones armadas de los extranjeros en México pueden ser calificadas de negativas, aunque sí las de mayor envergadura c) las acciones mexicanas y de mexicanos fuera de nuestras fronteras han sido muy pocas y de importancia secundaria, pero las del siglo XX estuvieron cargadas de simbolismo y de justificación moral, aunque no universalmente aceptadas.